

BLOC DE NOTAS

Rusos blancos en una montaña rusa

Francine du Plessix Gray cuenta en *Ellos* la historia de su familia, su supervivencia y el anhelo de un mundo perdido

LUIS M. ALONSO

No todo el mundo puede resistir la tentación de entregarse a la lectura de una novela que comienza así: "A mi madre le gustaba afirmar que descendía directamente de Gengis Khan". En su búsqueda del efecto dramático —cuenta Francine de Plessix Gray— Tatiana du Plessix Liberman habría hecho recaer toda la historia de la humanidad sobre su cabeza. Pero el gran emperador mongol le proporcionaba, además de una genealogía aristocrática, la libertad de ser bárbara, un factor que tiñe de constante sorpresa y excentricidad la novela que acaban de publicar al alimón *Periférica* y *Errata Naturae*. *Ellos* es una deslumbrante y trágica memoria familiar que conduce a través de sus páginas por la reciente historia de Europa: de la Revolución rusa al despiadado mundo de la moda del Nueva York de posguerra, pasando por el terrible episodio de la ocupación nazi. Tatiana Yakovleva, miembro de la aristocracia zarista, tenía 19 años y mucha hambre en 1925 cuando abandonó la Unión Soviética y emigró a Francia. Pronto se enamoró apasionadamente del poeta ruso Vladimir Mayakovsky, pero entre el amor y los planteamientos prácticos que a veces ofrece la vida eligió estos últimos. Se casó con el aristócrata francés Bertrand du Plessix. Tuvieron una hija, Francine, luego Bertrand cayó combatiendo en la Segunda Guerra Mundial. Más tarde conoció a Alexander Liberman, un emigrado judío-ruso, educado en Inglaterra y Francia.

Para sobrevivir al odio nazi, Alex, Tatiana y Francine huyeron a Nueva York en 1941 y comenzaron una nueva vida:



la descendiente de Gengis Khan diseñó sombreros para Bendel's antes de iniciar una carrera en Saks como icono de la moda. Liberman crió devotamente a Francine, igual que si fuera su propia hija, desde que tenía nueve años y llegó a presidir el imperio Condé Nast. La glamurosa vida que compartieron fue creativa y, al mismo tiempo, destructiva, forjada a partir del alto voltaje de su amor y un rabioso egocentrismo. La obsesión por el éxito y la elegancia decoró el drama que caracterizó sus existencias y los persiguió hasta la muerte. Tatiana, cada vez más consumida por la nostalgia de una Rusia perdida, pasó sus últimos años cargando con una adicción a los analgésicos y envuelta en la lenta espiral de un remolino alcohólico.

Gray, la hija, se convertiría, a su vez, en la narradora de esta historia de familia, desde las raíces hasta la tumba. Si alguien cree que se trata de un folletín y comete el error de no leer *Ellos* se arrepentirá, porque ha habido pocas escritoras con la sensibilidad y el talento de Francine du Plessix Gray para agarrar los momentos y sus dramáticos telones de fondo y contarlo de manera tan seductora y honrada.

El afán de supervivencia y el anhelo de un mundo perdido están en el corazón de esta historia de rusos blancos. Todo eso que Nabokov cuenta de manera aún más elocuente en *Habla, memoria*: los tristes pensamientos hacia lo que echaban de menos de su país, acerca de las cosas que jamás se habrían olvidado de atesorar si hubieran sospechado antes que sus vidas iban a virar de una manera tan drástica y violenta. Por decirlo de otro modo, la nostalgia de la aristocracia, el privilegio y el campesinado servil, pero también un mundo de cultura, erudición, sofisticación y cosmopolitismo.

Desde 1960 hasta principios de la década de 1990, Tatiana esencialmente cesó en su vida creativa. Francine estableció un matrimonio armonioso con el pintor Cleve Grey, protestó activamente por la guerra de Vietnam, se convirtió en una escritora de gran reconocimiento y crió dulcemente a dos hijos, ofreciéndoles la compañía que ella rara vez recibió de niña. *Ellos* es el relato inquebrantable de una hija sobre la supervivencia de sus padres y la suya propia, de grandísima claridad retrospectiva y literaria. Un regalo.



Ellos

Francine du Plessix Gray

Periférica & Errata Naturae, 2018
736 páginas, 26,50 euros

Heridas metafóricas

Retrato de adolescencia en la Sudáfrica del apartheid

M. S. SUÁREZ LAFUENTE

El autor sudafricano Tony Peake consigue fundir en *El reglamento* (2017) las experiencias de la adolescencia entre niños blancos en Sudáfrica, la actitud de sus padres ante las reglas impuestas por el gobierno del apartheid y la situación política general en el mundo occidental. El título original de la novela es *Facing North* (Mirando al norte), lo que hace referencia a las invocaciones del gobierno de Sudáfrica para endurecer su sistema discriminatorio: el peligro rojo, la crisis de los misiles y el duelo Kennedy-Kruschev.

Adolescente en 1962, Paul narra sus vivencias de ese año desde su perspectiva de sexagenario, quien ya puede evaluar la trascendencia en su desarrollo de aquellas experiencias que tanto le habían trastornado en su momento. Atrapados seis días a la semana en un estricto internado masculino, intercambiando en su fuero interno retazos de las opiniones de sus padres durante la comida dominical, Paul y sus colegas perciben el desasosiego general y las divergencias fundamentales que existen entre los adultos. Solamente la Tertulia de Cultura General del profesor Spier les sirve de estribo sobre el que apoyarse para ordenar el tumulto de sus sensaciones.

Paul se enfrenta a varios malestares personales: su lucha por agradar a su popular compañero Du Toit y así entrar en su club exclusivo, sus dudas ante su identidad de sudafricano no afrikaans o de europeo, extremos representados por Du Toit y su padre y por la madre y la abuela del propio Paul, y, sobre todo, su confusión ante la amabilidad y eficacia de la gente negra, si, como él había aprendido, aquella "no sería capaz de defenderse o de expresarse. Los negros no tenían la confianza necesaria para eso; ni la elocuencia; ni el derecho".

Peake rememora para Paul (y quienes leemos) las pinceladas históricas necesarias para entender la fragmentación del país y la situación de un colectivo minoritario blanco cuya estrechez de miras le hace cuidar tan solo su "propio ombligo". Paul, que está, además, despertando a su sexualidad, será un instrumento involuntario del desarrollo de la trama. Cuando los acontecimientos le desbordan, experimentará su particular rito de iniciación hacia la madurez: siente miedo de su candidez, vergüenza y arrepentimiento por lo que desencadena y, sobre todo, una soledad existencial solamente suavizada por la contemplación de las estrellas.

La novela conecta constantemente las heridas metafóricas individuales y colectivas con las políticas y sociales, y se adentra en la intertextualidad con cada acontecimiento significativo. Hay trazas obvias del artista adolescente de James Joyce, del señor de las moscas de William Golding, de Tomás Moro, un hombre para la eternidad, y del "Si..." colonial de Rudyard Kipling.

Hay por tanto, varios niveles de lectura. La prosa de Peake es fluida y sería buen material escolar, pues mucha información se transfiere a través de las entradas breves del diario de Paul, de las cartas de y para su abuela, de los posters que cuelgan en las habitaciones de los chicos y de los libros que leen. Pero hay una inquietante reflexión en la novela que nos enfrenta a cuestiones de identidad nacional, de posicionamiento ante el entorno y de cómo y por qué somos capaces de modificar nuestra opinión sin parpadear, aceptando que Mandela sea un agitador "prófugo de la justicia" y más tarde un preso ridículo que comparece en el juzgado "vestido con un kaross de piel de chacal", para darle treinta años después el Premio Nobel de la Paz y honores de estado.



El reglamento

Tony Peake

Tusquets Editores; Barcelona, 2018
249 páginas, 17 euros